

profesa un cariño más tierno que el de nuestras madres (1); que se conduele al vernos atribulados y llorosos, y que no nos abandona en la tribulación (2), mitigándola y haciéndola suave con la dulzura de su divino consuelo; y una sola gota de la consolación divina, tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar de aflicciones, como lo vemos en los Santos mártires. Y por esto decía San Pablo, *que se gloriaba en sus tribulaciones* (3); porque así como Dios no necesita pan para sustentar al hombre, porque sola su voluntad basta para sustentarle y para convertir las piedras en pan; tampoco tiene necesidad de finezas y regalos para consolarle, porque los mismos tormentos y penas le sirven de consuelo y recreo divino, cuando con su mano poderosa convierte las duras piedras del dolor en pan sabroso y sustento de sus escogidos (4).

Resolvámonos, h. más, en vista de estas verdades tan consoladoras, á padecer cuantas tribulaciones, contrariedades y penas, en el cuerpo y en el alma, se digne Dios enviarnos, ya que de grado ó por fuerza hemos de padecer, dice San Pablo, *si deseamos entrar en el reino de Dios*. Si no nos abrazamos con la cruz, se nos hará más pesada, y al fin de la vida ningún mérito habremos adquirido. Mas si nos desposamos con ella y la ponemos sobre nuestro corazón, ella endulzará nuestras penas, nos consolará en nuestras aflicciones, será nuestro refugio en las tentaciones, nuestra ayuda en todos los peligros, y después de haber subido con ella el Calvario de esta vida, volaremos al Tabor de los consuelos divinos para ser glorificados con Dios y sus Santos por toda la eternidad.

---

(1) Isai., XLIX, 15.

(2) Psal., XC, 15.

(3) Rom., V, 3.—II. Corinth., VII, 4.—Galat., VI, 14.

(4) P. Rivadencira, De la tribulación, cap. IX.

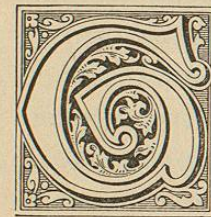
## DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

---



## DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

---



GRAN merced nos hizo Dios al poner en nuestras manos y á nuestra disposición el bien y el mal, la vida y la muerte. «*Crió Dios al hombre—dice la Santa Escritura,—y dejóle en manos de su consejo*» (1); puso delante de sus ojos el camino de la vida y el de la muerte eterna, para que escogiese uno ú otro con entera libertad. «Dios» dejó al hombre—escribe el Doctor Angélico—en manos de su propio consejo, no porque le sea lícito cuanto le plazca, sino porque en todo lo que hacer le es propio no está forzado por necesidad de su naturaleza—como las criaturas irracionales,—sino que lo hace por libre elección y con propósito deliberado» (2), siendo, por lo mismo, autor y responsable de sus propios actos. De suerte que la condenación ó salvación del alma, en último término, debe atribuirle cada cual al buen ó mal uso de su libertad, dice

---

(1) Eccli., XV, 14.

(2) 2. 2, q. 144, a. 1 ad 1.

el profeta (1). ¡Pasmosa libertad que debe hacernos temblar! Cierto que Dios, deseoso de nuestra salvación (2), por mil medios amorosísimos nos solicita y llama al buen camino (3), pero respetando siempre nuestra libertad (4); y como *no es aceptador de personas* (5), á todos sin distinción dice con ternura inefable: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida* (6); *si alguno viene á Mí, no lo desearé*» (7). A nadie excluye, como no quiera ser excluído (8) y busque voluntariamente su eterna perdición y desventura.

Y ¿qué deberes impone, qué condiciones exige á los que deseen seguirle? «*Quien quiera seguirme—dice,—niéguese á sí mismo, tome su cruz todos los días y sígame*» (9). Esta sentencia compendia maravillosamente todo el espíritu de la perfección cristiana, y puede decirse que todos los medios de nuestra santificación dependen de ella. Es verdad que estas palabras son duras y desabridas y no suenan bien en los oídos de los hombres carnales, *que no entienden las cosas que son del Espíritu de Dios*, como dice San Pablo (10); pero hermanas mías, *Dios es espíritu* (11), y quiere ser adorado y servido *en espíritu y en verdad*, y por eso manda á sus servidores que *se nieguen á sí mismos, que crucifiquen su carne con sus vicios y pasiones* (12), que vivan y mueran abrazados con su cruz y aun *crucificados en ella*, á imitación del Apóstol (13). Ya no debe extrañarnos que sea tan reducido el número de los que le siguen.

Nosotros, por vocación divina, vivimos consagrados en cuerpo y alma á su servicio, pertenecemos á su escuela, escuela de amor y de sacrificio; pero quizá no hemos logrado

(1) Osee, XIII, 9.

(2) I. Timoth., II, 4.

(3) Matth., XI, 28; Apocal., III, 20.

(4) Sapient., XII, 18.

(5) Act., X, 34; Galat., II, 6.

(6) Joann., XIV, 6.

(7) Joann., VI, 37.

(8) Joann., XVII, 12.

(9) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23.

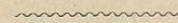
(10) Corinth., II, 14.

(11) Joann., IV, 24; II. Corinth., III, 17.

(12) Galat., V, 24.

(13) Galat., II, 19.

apreciar toda la transcendencia y gravedad de los deberes que reclama este noble servicio. Éstos se reducen á tres, como hemos dicho: «Negarse á sí mismo, tomar la cruz y seguir á »Cristo». Digamos una palabra de cada uno de ellos.



Toda la doctrina del Evangelio relativa á la perfección moral de nuestras almas, está maravillosamente resumida en estas tres máximas divinas: «En la abnegación propia, en la »resignación de nuestra voluntad con la de Dios y en el cumplimiento de toda justicia» (1). Efectivamente: como en la voluntad humana hay dos impulsos ó tendencias naturales, una de «complacencia» en el bien y otra de «repugnancia» al mal, se sigue que toda la economía de la perfección evangélica está reducida á «abstenerse» de lo que la halaga y á «tolerar» ó sufrir lo que la repugna. Mortificados estos dos apetitos de la vida sensual, desaparece todo obstáculo á la práctica del bien, y desde ese momento el alma puede desplegar sus alas para volar con santa libertad por las serenas y apacibles regiones de la gracia á la cumbre de la perfección, mediante el ejercicio fácil y deleitable de todas las virtudes. De suerte que, *negarse á sí mismo*, consiste en abstenerse de lo que halaga á los sentidos. *Tomar la cruz*, equivale á tolerar ó sufrir lo que repugna. *Seguir á Cristo*, se reduce á practicar lo concerniente al propio estado, con inalterable paz y tranquilidad de espíritu. Veámoslo.

(1) Prov., XVI, 5.

### Niéguese á sí mismo.—Abstine

*Lo sensible.*—En primer lugar, debemos mortificar lo «sensible», esto es, el cuerpo con sus sentidos. «*Los que son de Cristo*—dice San Pablo,—*crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias*» (1). Nosotros somos de Cristo (2), no sólo por el Bautismo que recibimos, sino también porque le hemos consagrado *nuestros cuerpos*, los cuales *son templos del Espíritu Santo, y en ellos mora* (3) *por la fe y la caridad* (4). ¡Oh y cuán limpia debemos conservar esta morada, convertida en un cielo por la presencia del Rey de la gloria! (5). ¡Y cuán perfumada con los aromas de todas las virtudes la vestidura nupcial de nuestra alma, para que el Esposo, *que se apacienta entre azucenas* (6), se complazca en estar con ella y *la bendiga con bendiciones de dulzura* (7) y *la corone de gloria y de honor* (8), como á esposa predilecta! Para lograr esta limpieza, debemos mortificar este cuerpo de pecado (9), moderando sus demasías y *reduciéndolo á servidumbre* (10), para que nunca prevalezca contra el espíritu (11), á quien debe estar sujeto. Una esposa de Cristo, más limpia debía ser que el sol, y no digo su alma, sino su cuerpo había de ser más puro que el espíritu de un ángel; había de ser como un querubín, pues de los querubines dijo el Profeta que *se asienta el Señor sobre ellos*, sirviéndole de peana de sus pies (12), y *el cuerpo casto es morada del Espíritu Santo*, dice San Pablo (13). Por eso ha de esmerarse en la penitencia y mortificación la religiosa,

(1) Galat., V, 24.

(2) I. Corinth. III, 23.

(3) I. Corinth., VI, 19.

(4) Ephes., III, 17.

(5) Psal. XXIII, 10; Psal. II, 6.

(6) Cant., II, 16.

(7) Psal. XX, 4.

(8) Psal. VIII, 6. Hebræ., II, 9.

(9) Rom., VI, 6.

(10) I. Corinth., IX, 27.

(11) Galat., V, 7.

(12) Dan., III, 55; Psal. LXXIX, 2; Psal. XCVIII, 1.

(13) I. Corinth., III, 6.

cuya alma tanto más hermosa parecerá á su celestial Esposo, cuanto tuviere el cuerpo más afligido y humillado. No obstante, esta mortificación exterior, aunque es saludable—hablando en general—y para algunos necesaria, sólo es eficaz y meritoria cuando está aprobada y bendecida por nuestros superiores, porque *Dios prefiere la obediencia al sacrificio* (1).

Tengamos también especial cuenta con los sentidos del cuerpo, que son—dice el Venerable Fr. Luis de Granada—como puertas de la ciudad por donde todas las cosas salen y entran; por eso conviene guardarlos con sumo recato, para que, cerradas estas puertas, esté siempre el alma limpia y apercebida para la contemplación de las cosas divinas. Y porque forzosamente han de oirse y verse muchas cosas que pueden ser causa de distracción y aun de viva tentación, debemos procurar oirlas como por de fuera, de tal suerte que no se pegue á ellos el corazón (2). ¡Ah, hermanas mías!, si anduviéramos en frecuente comunicación con Dios, que está en el cielo de nuestra alma, *miraríamos los placeres y frivolidades del mundo como basura, por no perder la amistad de Cristo* (3). Cerradas las ventanas de nuestros sentidos, *por donde entra la muerte del alma* (4), andaríamos por esas calles con la modestia y recato que tan bien sientan en una religiosa y de tantos peligros la libran. Enamorados de nuestro Esposo, que constituye el más rico tesoro del alma, en Él sólo tendríamos nuestro descanso, y por lo mismo no sabríamos hablar sino de Él, todo nos recordaría su presencia, y nuestro corazón, vivificado por las aguas de la gracia *que apagan la sed de las pasiones* (5), viviría en dulce calma, invulnerable á las insidiosas sugerencias de la carne. Es verdad que, á pesar de ello, la sensualidad redoblará furiosa sus ataques,

(1) I. Reg., XV, 22.

(2) Orac. y medit., tom. II, part. 2.

(3) Philipp., III, 8.

(4) Jerem., IX, 21.

(5) Joann., IV, 13; Isai., LV, 1; Joann., VII, 37.